

# Índice

Preámbulo. De las colectivas feministas hacia (nuevas) circulaciones entre (algunas) juventudes y violencias en México y otros países latinoamericanos <i>Friedhelm Schmidt-Welle y Mauricio Zabalgoitia Herrera</i>	9
-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	---

## **COLECTIVAS. GÉNERO, EDUCACIÓN Y ACCIÓN**

Violencia, subjetividades y acción colectiva de jóvenes estudiantes del Valle de México <i>Leticia Pogliaghi</i>	41
---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	----

Masculinidad/es en movimiento/s. Juventud, universidad y activismo antipatriarcal en Argentina, Chile y México <i>Mauricio Zabalgoitia Herrera</i>	63
-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	----

Ser gay en la escuela: experiencias y estrategias de resistencia frente a la violencia de género en la educación media superior en México <i>Enrique Bautista Rojas</i>	89
----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	----

## **PARLANTES. ESCRITURAS DE LA MIGRACIÓN**

<i>Almanya y La misma luna</i> : lazos familiares e identidades migrantes en dos películas contemporáneas <i>Friedhelm Schmidt-Welle</i>	117
---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	-----

Comunidades revocadas: ontologías y epistemologías en los fenómenos fronterizos y migratorios contemporáneos <i>Roxana Rodríguez Ortiz</i>	129
-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	-----

"Acá soy la que se fue". Relatos resistentes contra la violencia cultural <i>Elena Ritondale</i>	143
-----------------------------------------------------------------------------------------------------	-----

## **POPULARES. EL DECIR CRIMINAL DE LA COMUNIDAD**

Rimas y rayas: reconstruyendo comunidad desde el <i>hip hop</i> fronterizo <i>Héctor Domínguez-Ruvalcaba</i>	157
-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------	-----

8 | Índice

Historias de vida de adolescentes que cometieron homicidio: acto criminal, escritura y arte 177  
*Etty Kaufmann Kappari*

*Niñas, pumas y novias*: mujeres representadas y revictimizadas en las narrativas de ficción mexicanas, colombianas y estadounidenses sobre pandillas 193  
*William Carballo*

# **Preámbulo. De las colectivas feministas hacia (nuevas) circulaciones entre (algunas) juventudes y violencias en México y otros países latinoamericanos**

Friedhelm Schmidt-Welle

*Ibero-Amerikanisches Institut, Berlin, Alemania*

[schmidt-welle@iai.spk-berlin.de](mailto:schmidt-welle@iai.spk-berlin.de)

Mauricio Zabalgoitia Herrera

*Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación,*

*Universidad Nacional Autónoma de México*

[mauriciozabalgoitia@filos.unam.mx](mailto:mauriciozabalgoitia@filos.unam.mx)

El punto de vista que a la vez anima y provoca la lectura y encuadre de algunas juventudes y violencias que se abordan en este libro parte del activismo, la organización y los movimientos de mujeres jóvenes y estudiantes organizadas en México, Chile, Argentina, Perú, Colombia y en otras tantas latitudes latinoamericanas. Es decir, de eso que ahora se conoce como *colectivas* en el marco de los feminismos de la cuarta ola y que, sin duda, ha provocado espectros emocionales inéditos en cuanto a la relación que las juventudes establecen con las experiencias ligadas a las violencias.

Este preámbulo, sin pretender ser un estudio académico de las recientes protestas feministas ni un repaso completo por la geografía latinoamericana y la diversidad de formas de su organización, busca situar en el estudio interdisciplinario de la relación entre juventudes y violencias algunas de las acciones, sentidos y afectos que surgen de la confluencia entre teoría e investigación feminista y activismo de las jóvenes. Con esto, la idea es recuperar esos innovadores marcos emocionales, identificados por autoras que abordan el caso de México y de su Universidad Nacional —la UNAM—, principalmente. Tal encuadre afectivo guarda estrecha relación con el cansancio de las mujeres ante la violencia que sufren en todos los niveles por el hecho de serlo, pero acaso sirve también como guía para comprender las tensiones y sentimientos que otras juventudes experimen-

tan, sea en colectividades, en la búsqueda de espacios de habla desde la precariedad o la migración, o a partir de experiencias que surgen de vivir desde lo popular nuevas relaciones subjetivas. Como se intenta mostrar en este preámbulo, los trabajos compilados comparten un interés por significar las vidas de las juventudes situadas en circuitos que operan desde el miedo, el odio y la incertidumbre, pero también desde la comunidad, la asociación y el cambio.

Al hablar de espectros y mapas emocionales, pensamos que desde los feminismos de las jóvenes se trazan rutas para pensarlos, junto con las herramientas tradicionales de análisis e interpretación, como expresiones destacadas de lo que hoy se conoce como giro emocional en las ciencias humanas y sociales. Es decir, queremos pensar el reciente *tsunami feminista* en la universidad como un quiebre, una enseñanza y una reorientación. A grandes rasgos, en *The Affective Turn* (2007), Patricia Ticineto Clough y Jean Halley expresan que, en la investigación, este giro refiere, sobre todo, a las capacidades corporales para afectar y ser afectadas. Así también, al aumento o la disminución de la posibilidad de los cuerpos para actuar, comprometerse, conectar e, incluso, autoafectarse. Estas relaciones dinámicas, a la vez productivas y en riesgo, se relacionan con el sentirse viva o vivo, es decir, con la vitalidad (2).

Por estas posibilidades parecen preguntar los capítulos que integran este esfuerzo colectivo, ya sea desde lo comunal o la compleja idea de lo individual, pero en movimientos que provocan siempre desplazamientos, acaso inéditos, desde jóvenes que *se viven* en el género y el sexo, en la educación, en los lindes y cruces de fronteras o en el crimen como identidad u opción de vida. Sara Ahmed (2015), a cuyo trabajo recurrimos para hilar una red de lectura entre los capítulos, al pensar la política de las emociones propone hablar de “economías afectivas” (31). Con esta muestra cómo es que los sentimientos no residen en los sujetos ni en los objetos, sino que son producto de la circulación (33). Tal posibilidad móvil, junto con la idea de que las emociones trabajan como figuras que *se pegan* —a cuerpos, discursos, cosas— para encubrir, revertir y vendar hace que preguntemos: ¿Cuáles son, entonces, algunas de estas economías emocionales que rotan *desde* y *contra* las violencias en algunas de las juventudes vivas? ¿Y cómo es que circulan, revelando tensiones, mensajes, vínculos y espectros que van de la rabia a la esperanza, como ha sucedido con las jóvenes colectivas feministas de estudiantes?

## I. Las colectivas: del feminismo a la violencia sexista y sexual en las universidades

Con la experiencia política de mujeres feministas a lo largo del planeta en el siglo pasado como antecedente vital, los recientes grupos de jóvenes mujeres estudiantes se nutren de *valiosas enseñanzas*, destacándose la consideración de que *lo personal es político*. Con esto construyen en el ahora un “vigoroso movimiento feminista”, propone Araceli Mingo (2020: 11). Desde aquellos *pequeños grupos* o *grupos de conciencia*, entre otras muchas cuestiones problemáticas derivadas de la diferencia sexual, por lo menos desde los años sesenta del siglo pasado asociaciones de mujeres ponen su mirada sobre prácticas irritantes, como la desigual división del trabajo y las tareas domésticas o la violencia sexual. En general, se trata de hacer visible el desbalance de poder en todos los ámbitos de la vida. En estos espacios no solo miran hacia los movimientos obreros, laborales, culturales o políticos, sino que transforman la vida académica y de las universidades, por ejemplo, incorporando el género como categoría crítica y central, a partir de trabajos fundacionales como los de Joan W. Scott o Gayle Rubin. Al provocar un desplazamiento profundo en las bases epistémicas, ontológicas y científicas —cuyos efectos aún sorprenden por la vitalidad de los nuevos caminos que abren—, a la vez confeccionan teorías y metodologías para visibilizar, nombrar y medir la desigualdad y las violencias, así como el sexismo cotidiano y estructural y sus consecuencias.

La *consciousness raising* que emana de la historia de las diversas agrupaciones de mujeres a lo largo del siglo xx se revela ahora como un mensaje con resonancia a largo plazo, pues sus formas nuevas de hacer política retumban en las experiencias de las jóvenes del ahora, las cuales se agrupan en las autodenominadas *colectivas* (Mingo, 2020: 14). Centrar la atención en lo personal y privado, evadiendo así el blindaje que otorga un conveniente acuerdo que el proyecto moderno realiza para borrar *el problema de los sexos* y el de las mujeres, provoca que generaciones concatenadas terminen por configurar estrategias y lugares de habla, así como esos marcos emocionales inéditos. Hacia finales de la segunda década del siglo xxi, en distintas universidades y ciudades de América Latina, las mujeres salen a las calles y detienen facultades para decir “¡Basta!”. Con esto dan una vuelta de tuerca más a la política de lo personal, proponiendo situar en las narices del mundo el adjetivo “¡Juntas!”.

Estos movimientos y protestas, cuyo inicio en Latinoamérica se ha identificado entre 2014 y 2016, han sido abordados en diversos estudios

en cuanto a sus inicios y desarrollo, en los efectos estructurales que han tenido en las instituciones, pero también en términos de transformaciones subjetivas y emocionales que han derivado en formas particulares de activismo y acción política. Araceli Mingo y Hortensia Moreno (2019) rastrean tanto los afectos como los efectos del hartazgo que provoca en estudiantes universitarias la violencia sexista cifrada en prácticas que operan a partir del significado que se le otorga a “la valoración desigual de hombres y mujeres”, por una parte, y a la “dinámica libidinal”, por otra, que se sitúa en “el corazón del sexismo” (14). Con esto, miran la conjunción de sexismo<sup>1</sup> con violencia cifrada de manera particular en el acoso sexual en las universidades. Este, así, se revela como una forma invisibilizada por su normalización, pero que, al tener una altísima incidencia y multiplicidad de expresiones, desde el malestar e irritación de las jóvenes se sitúa como el punto central de su *emotividad feminista*, pensamos. Es de este modo que se vislumbra el rol de estas movilizaciones en el trastocamiento de la cultura dominante; es decir, ese que (aún) posiciona a las mujeres como inferiores a los hombres (14).

En un marco amplio y transnacional, el cansancio de las jóvenes es cartografiado a partir de la Marcha de las Putas, organizada en 2011 por estudiantes de la Universidad de York, en Toronto, como reacción al comentario de un oficial de policía a un grupo de alumnas. Este les dijo que, si no querían ser agredidas sexualmente, no debían “vestirse como putas”. Esta movilización tuvo un alcance mundial, teniendo réplicas en México bajo el lema “No es no” (Mingo y Moreno, 2019: 15). Con la violencia machista y el feminicidio como puntos centrales, desde el 2015 surge el movimiento Ni Una Menos<sup>2</sup> en distintos países de América Latina. En 2016, en México, las autoras recuerdan las más de cuarenta marchas bajo el lema “Vivas nos queremos”, en las cuales miles de mujeres manifestaron su hartazgo y rabia acumulada en contra de la violencia estructural, cultural e institucional (Lamas en Mingo y Moreno, 2019: 15).

---

1 Es importante remarcar, en la línea de investigación de estas autoras, que el sexismo se define como una serie de actos performativos de género (Mingo y Moreno, 2019), es decir, “expresiones variadas de la violencia que está en la raíz de las relaciones jerárquicas instituidas entre los sexos y dispositivos de poder con que se pretende mantener el orden en las interacciones cotidianas” (14).

2 Frase de Susana Chávez Castillo, poeta mexicana asesinada por su activismo (Mendizábal y Bonino en Mingo y Moreno, 2019: 15).

Con resonancia planetaria, en 2017 el movimiento #MeToo se viraliza mediante una serie de denuncias con nombre y apellido por hostigamiento, abuso o violación. Esta movilización digital sin precedentes surge de los señalamientos a Harvey Weinstein, productor de Hollywood, cuyo caso marca un partearguas no solo en términos de las vías alternativas de denuncia que se gestan desde lo digital, sino en cuanto a nuevas emociones y redes que tejen y unen a los feminismos. Se trata de “un cambio social de magnitud insospechada” (Mingo y Moreno, 2019: 26) que surge, sobre todo, del malestar, cansancio, repudio y rabia en relación con la vigencia y constancia de formas sexistas por parte de compañeros, docentes y personal de la universidad. Las autoras cierran con el Manifiesto 8M en España, a partir del cual se convoca una huelga general para el 8 de marzo de 2018. En alrededor de ciento veinte ciudades más de cinco millones de mujeres demandando la posibilidad de moverse en libertad en todos los espacios y a todas horas (15).

Esta suma de acciones termina por configurar un mapa de colectivas emocionales que desnuda el desprecio y deseo de los que las mujeres son objeto hacia la enunciación de ese “¡Juntas!” en el cual ellas son agentes. Entre los logros palpables destaca “la definición de conductas (sexismo, violencia, acoso, homofobia, discriminación, etcétera) y su catalogación como infracciones” (Mingo y Moreno, 2019: 15) en protocolos y códigos de conducta, pero también en instrumentos de mucha mayor incidencia, como el Estatuto General que en la UNAM es modificado en su artículo 98, fracción III, agregándose sanciones por violencia de género. De este modo, circulan nuevos lenguajes, provocando *performances* con incidencia planetaria como “El violador eres tú” (2019) (cfr. Mingo, 2020; Cerva, 2020). Se trata de un activismo conectado globalmente por la ocupación de las mujeres de los medios digitales y que en México, Chile y Argentina tiene especial reverberación (Cerva, 2020; Di Napoli, 2021).

## II. Las colectivas de mujeres organizadas en la UNAM

En México, desde el 2014, mujeres estudiantes comienzan a organizarse conformando grupos de colectivas. En septiembre de 2016 cerca de cien alumnas, quienes conforman el movimiento #NosotrasPorNosotras, realizan una marcha en la Ciudad Universitaria de la UNAM. En esta manifestaron su desacuerdo por la adhesión de la Universidad a la campaña HeForShe de ONU-Mujeres, pues se percibió como reforzadora de

la idea de que las mujeres no pueden cuidarse solas y de que dependen de los hombres para resolver sus problemas. Esta y otras actividades tuvieron como base la denuncia del sexismo y el efecto de descalificación y desprecio hacia las mujeres que desde ahí se pone en marcha para invalidar sus formas. Para las alumnas, tal desacreditación —y criminalización de las protestas, por ejemplo, mediante la legitimidad del uso de cierta violencia (Cerva, 2021)— busca convertir el movimiento en algo peligroso —el apunte a un mundo caótico (Mingo y Moreno, 2019: 22)— con la finalidad de negar y ocultar esas estructuras vigentes de violencia tanto en las Instituciones de Educación Superior (IES) como en el seno de la lógica social (22). Tales formas de denuncia incluyen, como se ha visto, marchas y manifestaciones masivas, pero también vía alternativas, dinámicas y originales, como pintas, escraches y *performances* en los que los testimonios e historias personales tanto se validan como se insertan en un tejido que no puede ya ignorarse. De acuerdo con Ahmed (2015), se trata de “emociones pegajosas” (45) que no solo reorientan a otros ámbitos, en este caso de las jóvenes —fuera de las universidades; en los universos digitales—, sino que también *despegan* los sentimientos que encubren con cinismo histórico las normas sociales que invisten, subordinan y revictimizan.

El caso más destacado de un derroche emocional *antiadherente* sería el de los *tendederos*; convocatorias físicas y digitales<sup>3</sup> cuya incidencia rebasa los muros de las universidades. En estos se anima a que compañeras compartan historias y testimonios de hostigamiento, acoso, abuso o violación, pero también conductas reiterativas —en compañeros, docentes o personal administrativo— de formas cotidianas de sexismo. Como precisa Pablo di Napoli (2021), los tenderos públicos o “muros de la vergüenza” se suman a otras estrategias para denunciar casos de violencia, como los escraches a acosadores. Estos últimos alcanzaron una incidencia notable en *las redes*, pues el subgénero de denuncia que se configura *in situ* implica contar qué tipo de violencia sexista y sexual habían vivido; en qué situación, momento o interacción formal o informal dentro de la experiencia educativa, y, lo

---

3 El activismo feminista, con un pie en las instituciones y otro en *las redes*, durante el confinamiento encontró en la vida digital los medios para subsistir, reforzando estrategias, por ejemplo, de visibilización de formas específicas de violencia, como son aquellas que acontecen en las aulas virtuales —mediante plataformas como Zoom—. Estas acciones permitieron evidenciar prácticas que antes permanecían bajo los muros del salón de clase. En 2020, dos casos de violencia verbal sexual fueron dados a conocer mediante el ciberactivismo, los dos proferidos por docentes varones de licenciaturas de la UNAM. Ambos fueron retirados de las asignaturas.